

La vida en un sillón. Acerca de la crisis de Occidente

AUTORA:

Jacqueline Dussillant Christie

Profesora Investigadora Faro UDD
Doctora en Historia, Pontificia Universidad
Católica de Chile.

La vida en un sillón. Acerca de la crisis de Occidente

Jacqueline Dussaillant Christie

Introducción

En 2015 el escritor francés Michel Houellebecq publicó su novela *Sumisión*. En ella describe el ambiente que se comienza a vivir en Francia ante la supuesta llegada al poder político de un partido islamista que cambia radicalmente la vida de sus habitantes. Una de las consecuencias inmediatas de dicha elección, describe el autor, fue la enorme disminución de la delincuencia y del desempleo,

[...] cuyas curvas estaban en caída libre. Se debía sin duda a la salida masiva de las mujeres del mercado del trabajo, ligada a la considerable revalorización de las ayudas familiares [...] el incremento en los subsidios familiares estaba compensado por completo por la drástica disminución del presupuesto de Educación, que anteriormente era de lejos el presupuesto más importante del Estado. En el nuevo sistema, la escolarización obligatoria acababa al final de la primaria [...].[1]

Cinco años más tarde, la pandemia obligó a buena parte del mundo a subirse sin opción al carro de los avances tecnológicos, pues el encierro obligó a la comunicación virtual con fines sociales, laborales o educacionales. Muchos dispositivos ya existentes entonces, se perfeccionaron y masificaron a tal punto, que ya no nos sorprendería ver un anuncio de algún aparato que dijera algo parecido a lo siguiente:

Si estás harto del mundo que te rodea, puedes conectar tus audífonos, bloquear todo ruido externo y zambullirte en el mundo virtual que quieras. Si no te gusta, simplemente lo cambias. Si te sientes solo, puedes chatear con la IA que siempre está lista para escuchar. Si se asoma la nostalgia, envíale un mensaje a tu ser querido y te responderá como si estuviese vivo. No te molestes en pensar ni en levantarte de tu mullido sillón porque todo está al alcance de tu mano.

Pese a su carácter ficticio, ambos casos sirven aquí simplemente para dar paso al propósito de este ensayo, que es reflexionar y, en especial, plantearse algunas preguntas acerca de un tema que ya tiene un siglo de historia: la crisis de la cultura occidental y sus eventuales causas y efectos. ¿Tiene sentido hoy preguntarse por la decadencia de Occidente? La novela de Houellebecq mencionada sugiere que detrás de los beneficios de la disminución de la delincuencia y del desempleo que trae el nuevo gobierno islamista, se esconde el abandono de principios fundamentales de la cultura occidental asociados a la igualdad, la libertad y la vitalidad cultural.

La reorganización obligatoria de los roles sociales saca a las mujeres del trabajo remunerado y del derecho a la educación, con lo que se configura una sociedad altamente desigual, en la que no hay espacio para el pensamiento crítico y, por lo tanto, tampoco para el disenso. Por otra parte, el supuesto anuncio publicitario solo busca delinear la figura de un sujeto que ha renunciado tanto a la creación como al pensamiento, y que ha sustituido la experiencia de lo real por un entorno virtual personalizable. Desde su sillón, su existencia se desenvuelve en un mundo donde han desaparecido la alteridad, la adversidad y también los compromisos. Busca el placer en el consumo *online* y hasta sus necesidades afectivas se satisfacen con tecnología. Vive en un presente perpetuo, donde el pasado y el futuro han sido borrados al punto de que ya no representan ni memoria ni sueños. Quizá se perciba a sí mismo como libre (cuestión que, probablemente, ni siquiera se interroga), pero en realidad es esclavo de los algoritmos. No le interesa participar en la vida pública, desconoce la experiencia de pertenecer a una comunidad más allá de su versión virtual, no tiene convicciones ni practica el pensamiento crítico. Pareciera ser un sujeto manipulable, que se deja llevar por su *pseudo* mundo digital. Si en un caso la amenaza a la cultura occidental proviene de una tradición ajena, en el otro surge desde su interior. No se la defiende en virtud de la tolerancia, o quizá por la pérdida de una convicción profunda de sus raíces y valores, o bien por simple apatía.

A continuación, se revisarán los principales argumentos que algunos autores (en su mayoría de tendencia conservadora) han propuesto para explicar la supuesta decadencia de la cultura occidental. Esta, que ha primado por siglos en una Europa heredera de tradiciones grecorromana y judeocristiana, también constituye buena parte de la base cultural americana.

Decae Occidente, ¿una vez más?

A lo largo del siglo XX, han sido varias las voces que se han alzado para intentar explicar la decadencia de la cultura occidental, aquella que ha predominado en esta parte del planeta por varios siglos. La mayoría de esos ejercicios pone sobre la mesa el relativismo moral y la crisis del cristianismo entre sus causas. Esto es relevante en este sentido: más que apuntar a causas externas, invitan a dirigir la mirada al interior del propio Occidente.

Hace un siglo, en 1927, el francés Henri Massis publicó *Defensa de Occidente*, un libro en el que argumenta que para los inicios del siglo XX la cultura occidental estaba en peligro y, con ella, el destino de la propia humanidad. Massis sostuvo que “no se trata de un peligro originario, ni de esas sombrías premoniciones en las que las mentes débiles se hunden para alimentar su temor y disgusto con esfuerzo”, con lo que refería al peligro que abunda allí donde falta la convicción.[2] A su parecer, la peor decadencia moral y la desgracia más degradante para las sociedades, se hace presente cuando se cede ante “miedos innombrables” o ante un terror al futuro, “que solo delata las mentes desorganizadas de individuos ansiosos y derrotados”. [3] La falta de convicción en la propia cultura sería precisamente la que anticipa su derrota, lo que en alguna medida se observa en la obra de Houellebecq, un novelista tan lejano de Massis en muchos sentidos. En efecto, el novelista se sirve de François, el protagonista de *Sumisión*, para explorar el tema de la falta de propósito y la fragilidad de las convicciones individuales en un contexto donde los valores tradicionales se ven desafiados:

Me daba cuenta [...] y desde hacía años, de que el creciente distanciamiento, ya abismal, entre la población y quienes hablaban en su nombre, políticos y periodistas, conduciría necesariamente a algo caótico, violento e imprevisible. Francia, al igual que los demás países de Europa occidental, se encaminaba desde hacía mucho tiempo a una guerra civil, era una evidencia; pero hasta esos últimos días estaba convencido de que *los franceses en su inmensa mayoría estaban resignados y apáticos, sin duda, porque yo mismo estaba pasablemente resignado y apático*. [4]

El párrafo anterior es interesante porque revela dos fases: la de “darse cuenta” y la de la “apatía”, ante la paulatina pérdida de las raíces culturales. Sin decirlo expresamente, el autor invita a preguntarse si acaso el ciudadano francés había perdido su energía y su conocido carácter revolucionario ante la creciente falta de libertades que empezaba a experimentar. Bien podríamos suponer que ello no fue sino fruto de la derrota que sigue a la pérdida de las propias creencias, similar a la experimentada por nuestro ficticio personaje sujeto a la IA que se arrellana en su cómodo sillón.

Mucho más atento a su entorno que este último, y teniendo como escenario la Europa de entreguerras, Massis escribió que “Occidente empieza a sentir sus males”. [5] Pese a su desesperanza, observaba que la humildad parecía resurgir en la medida en que se iba perdiendo “el vano orgullo del progreso” a la vez que parecía anunciarse “un inmenso anhelo de liberación espiritual”. [6]

Para no caer de nuevo en la barbarie, veía la necesidad de restituir la conciencia de las energías interiores de Occidente, esto es, de “ese sentido de humanidad que ella dejó oscurecer por una preocupación exclusiva por la satisfacción material”. [7] Para Massis, la amenaza a la cultura occidental en los albores del siglo XX estaba representada por una serie de fenómenos, tales como lo que denominada “asiatismo” (el fuerte interés por la cultura oriental) además de otros, como el materialismo, el individualismo, la fractura de la unidad europea y en especial el abandono de su base espiritual, el cristianismo. Veía con pesimismo el debilitamiento de la moral, la tradición y la verdad trascendente que había acompañado al hombre occidental por siglos.

Algunos años antes, el alemán Oswald Spengler también había observado la decadencia de Occidente en el marco de una particular filosofía de la historia que, como él mismo señala, era una acometida para predecirla. [8] Argumentaba que, como los organismos vivos, las civilizaciones cumplen ciclos. Tras pasar la etapa creativa, de alta efervescencia artística y espiritual, estas entraban en una fase civilizatoria dominada por la técnica y el materialismo, pero, sobre todo, por la pérdida del sentido profundo de la cultura. [9] Al señalar la entropía como símbolo central de la decadencia, y trasladar este concepto al ámbito de la cultura occidental europea, Spengler postulaba que su desarrollo histórico se encontraba marcado por un proceso de desorganización creciente y, en última instancia, irreversible, que conducía a la disolución de sus estructuras culturales y de sus principios ordenadores. [10]

También Nietzsche había advertido tal decadencia, más bien en lo moral y espiritual, aunque casi en un sentido inverso al de Massis. Apuntaba hacia el platonismo y el cristianismo, cuyos valores estimaba que habían debilitado la vitalidad humana. [11] En concreto, se preguntaba: “¿qué es más dañoso que cualquier vicio?” y daba por respuesta a sí mismo: “la compasión activa con todos los malogrados y débiles: el cristianismo...”. Para él “todos los valores en que la humanidad resume ahora sus más altos deseos son *valores de décadence* [decadencia]”. [12] Ponía así una estocada precisamente en uno de los pilares de Occidente: la cultura judeocristiana.

Más recientemente, otros intelectuales han vuelto a la idea de la decadencia de la cultura occidental. Con el fin de identificar un hito detonante, el historiador chileno Julio Retamal situó el quiebre en el momento en que, a su juicio, se perdió la unidad de la verdad forjada en el cristianismo medieval, a raíz de la escisión entre fe y razón.

Ello se remontaría al siglo XIV con el nominalismo de Guillermo de Ockham, monje agustino que habría abierto la puerta al relativismo al complejizar la "verdad absoluta". En tal sentido, para Retamal la crisis de Occidente debe buscarse más en su interior que en la forma de una amenaza externa, y la situaba en esos primeros indicios de la Modernidad, con sus consiguientes relativismos morales e intelectuales. Así, al estimar que la cultura occidental se basaba en los pilares del catolicismo, la tradición grecorromana y el aporte germánico; negar la posibilidad de que la fe y la razón pudieran conjuntamente hallar la verdad hacía tambalear todo.[13] La adopción del nominalismo es también la base del argumento de Richard Weaver en su libro *Las ideas tienen consecuencias* (1948), pues lo señala como el inicio del declive occidental, que habría traído consigo el fin de las jerarquías y de las distinciones, el egoísmo personal como medida para todo y la psicología del niño mimado, entre otras cosas.[14] Para este pensador estadounidense, sin una verdad absoluta las ideas del "bien" y el "mal" carecen de sentido. En consecuencia, su esperanza radicaba en la recuperación de la moral.

Podemos incluir aquí la mirada del historiador británico Christopher Dawson, autor de *La religión y el origen de la cultura occidental*, para quien el cristianismo, gracias a su condición misionera, fue fundamental para la formación de la cultura occidental, no solo en un sentido "esencialista" sino también "estético". Ambos rasgos se hacen presentes tanto en la liturgia, como en las formas cortesanas, en la universidad o en las agrupaciones gremiales.[15] En el prólogo de la edición citada, José Andrés-Gallego anota algo que resulta interesante de destacar y que Dawson, de haber estado vivo, no habría podido comprender. Se refiere a la omisión absoluta del cristianismo en el proyecto de constitución de la Unión Europea en 1993, pese a su papel "en el nacimiento de la cultura occidental, y de la unidad europea por tanto" como si ello solo hubiese sido un hecho marginal con visos de "pietismo devocional".[16] A su reconocimiento se opusieron Francia, Bélgica, Suecia, Finlandia y Dinamarca, mientras que Italia, Polonia, Lituania, Malta, Portugal y República Checa estimaron que era esencial referir al cristianismo en el proyecto constitucional.[17] Se optó por una fórmula neutra que no generara ruido. Sin embargo, en la práctica se estaba omitiendo una parte indiscutible de las raíces históricas de la identidad cultural europea. Esto porque, como señala el mencionado Dawson en *Hacia la comprensión de Europa*, esta solo puede ser entendida en su desarrollo histórico estudiando la cultura cristiana debido a que, bajo el signo de la Cristiandad fue que Europa se hizo consciente de sí misma en cuanto comunidad de pueblos poseedores de valores morales y objetivos espirituales comunes.[18] Su mirada, alimentada por los hechos de mediados del siglo XX, estaba cargada de pesimismo:

Esta hendidura espiritual que se ha abierto en la vieja tradición cristiana europea es algo mucho más serio que cualquier revolución política o económica, porque no solo significa el destronamiento de la conciencia moral, sino, también, la abdicación de la conciencia racional, que está vinculada a ella de manera inseparable. Es, en realidad, dudoso que la sociedad occidental pueda sobrevivir al cambio, pues este no significa una vuelta al pasado o a las raíces de nuestra vida social; es demasiado radical para ello; y, en vez de descender poco a poco, el neopaganismo se arroja de la ventana más alta, dando lo mismo, al llegar al suelo, haberse echado desde la ventana de la derecha o de la izquierda.[19]

Para Dawson la pérdida de confianza en la propia cultura y que denominaba "crisis espiritual" era suicida y necesariamente terminaría traduciéndose en la pérdida de los valores comunes heredados de la tradición cristiana. Tales valores, aunque vistos desde otra perspectiva, están presentes en el reciente análisis del historiador británico, Niall Ferguson, al momento de preguntarse acerca del fin del mundo de Occidente y el advenimiento de lo que denomina una "época oriental".[20] Ferguson plantea que lo que distinguió al Occidente moderno de los últimos cuatro o cinco siglos de otras civilizaciones, y que le dieron un poder global, es un conjunto de características propias de esta cultura y que resume en lo que denomina seis "aplicaciones demoledoras" (*"killer apps"*): competencia, ciencia, derechos de propiedad, medicina, sociedad de consumo y ética del trabajo. La cultura cristiana, a través del protestantismo, estaría en la base de varios de ellos, pues les proporcionaría un marco ético al trabajo, que actúa como punto de unión de la sociedad dinámica y potencialmente inestable.[21]

Más específicamente, y dándole voz a algunos intelectuales chinos que, por razones obvias proporcionan una mirada externa de la cultura occidental, Ferguson destaca que ellos no ponen ni las armas, ni los sistemas políticos o económicos occidentales en primer orden al momento de explicar la preeminencia de Occidente en el mundo. Más bien indican al cristianismo, pues estiman que "el fundamento moral cristiano de la vida social y cultural fue lo que hizo posible el surgimiento del capitalismo y, luego, la exitosa transición a la política democrática".[22] Argumenta que mientras Occidente ha perdido fuerza en sus *"killer apps"*, algunos países orientales han sido capaces de adaptarlas, excluyendo lo que pueda haber en ella de "cristianas". En tal contexto, se pregunta si la "civilización occidental 2.0" tendrá, como en otras épocas, la capacidad para salir de su decadencia actual teniendo en cuenta el retroceso de la economía europea y estadounidense frente a la china.

Su reflexión también incluye otros aspectos, como que la ética protestante de la frugalidad, “tan esencial al proyecto occidental hoy casi ha desaparecido”, y también la brutal disminución de la población de las sociedades occidentales, fenómeno al que no pocos han prestado también particular atención.[23]

Hasta aquí hemos visto algunas miradas acerca de la decadencia de la cultura occidental que, si bien la atribuyen a diferentes causas o condiciones, ponen la crisis del cristianismo casi siempre dentro de la ecuación. Ello no es sorprendente desde el momento en que, junto con la democracia y el legado del mundo grecolatino, suele ser asociado a la noción de progreso y libertad, pilares fundamentales de la cultura occidental. En efecto, si el cristianismo inaugura una visión lineal del tiempo, más tarde entendida como progreso, también imprime al ser humano el libre albedrío y la idea de igualdad (toda persona se entiende hijo/a de Dios). Más aún, le entrega al cristiano un marco ético conformado por algunas reglas de comportamiento que, aunque tenga libertad para infringir, son tan claras como “no transables”.

Evidentemente, lo que suele conocerse como cultura occidental incluye múltiples tradiciones y aportes. Con frecuencia se resumen señalando que Occidente hunde sus raíces en Atenas, Roma y Jerusalén, de donde emanan algunas de las tradiciones fundamentales que han modelado su arte, su filosofía, su derecho y su universo lingüístico.

Pero hay un elemento adicional que caracteriza a la cultura europea, que Rémi Brague denomina “romanidad”. Esta última se entendería como la capacidad de aprender de otras tradiciones mediante un proceso de apropiación, adaptación y traducción que permite hacerlas propias sin renunciar a los propios orígenes. De este modo actuó Roma respecto de la cultura griega y, más tarde, del cristianismo, integrando ambas herencias en una síntesis cultural original y duradera.[24] La “romanidad” como actitud se observa en el cristianismo y en su tendencia a unir y a distinguir al mismo tiempo; al superponerse sobre lo que ya existía, sin destruir lo que “estaba bien hecho en el mundo pagano”. [25] Esta idea está presente en el historiador Jacques Barzun cuando señala que la cultura occidental no es ni ha sido un “bloque sólido”, sino más bien es una cultura mestiza con “préstamos de otras tierras” y con “una interminable secuencia de opuestos” en religión, política, arte, moral y en las costumbres.[26] ¿Podrá la cultura occidental, en virtud de esa actitud de “romanidad”, seguir vigente sin perder sus bases fundamentales?

Últimas palabras

En un mundo globalizado, donde los países más desarrollados de Occidente enfrentan bajas tasas de natalidad y elevados niveles de inmigrantes procedentes de otras culturas (muchas de ellas de tradición musulmana) resulta pertinente interrogarse por la supervivencia de la cultura occidental y, con ella, de la Cristiandad y de buena parte de su legado. En *La fin de la chrétienté*, la filósofa francesa Chantal Delsol sostiene que Occidente atraviesa el fin de la Cristiandad, entendida no como la desaparición del cristianismo como religión, sino como el término de una civilización cuya organización política, moral y cultural estuvo estructurada durante dieciséis siglos por principios cristianos. Este proceso no sería consecuencia de una ruptura abrupta ni de una decisión consciente de abandonar el legado cristiano. Más bien, sería fruto del progresivo desgaste de sus pilares (verdad, autoridad, jerarquía y límites morales) bajo la influencia de la modernidad.

Mientras la modernidad exalta la libertad individual, la autonomía de la razón y la igualdad política, la tradición eclesial se vinculó históricamente a estructuras jerárquicas y a una concepción de la verdad revelada que imponía restricciones a la acción humana. Frente a esta transformación, diversos pensadores cristianos, incluido el papa Pío IX con su encíclica *Syllabus* (1864), reaccionaron denunciando los peligros del mundo moderno. Pero para Delsol la cuestión no consiste únicamente en la oposición entre Iglesia y modernidad, sino en comprender hasta qué punto los valores modernos proceden precisamente de la matriz cristiana que luego han rechazado. Aquí emerge la tesis del "parasitismo", en el sentido de que en la actualidad se utilizan nociones como la dignidad humana, la igualdad o los derechos individuales sin reconocer el marco cultural que las hizo posibles.

Finalmente, la autora sugiere que las tragedias del siglo XX generaron en las sociedades occidentales una profunda aversión al conflicto. En consecuencia, la búsqueda de paz y consenso habría contribuido a debilitar las convicciones, favoreciendo formas de pensamiento pragmáticas. Con esto, la política tiende a transformarse en simple gobernanza o mera administración orientada a gestionar intereses particulares más que a deliberar sobre fines comunes. Siendo así, la democracia contemporánea podría estar enfrentada a una seria debilidad interna en la medida en que, al perder las convicciones morales que la sostienen, corre el riesgo de reducirse a una mera gestión pragmática de intereses, vaciada de significado trascendente y de propósito colectivo.

Dicho todo lo anterior, cabe preguntarse: ¿está realmente la cultura occidental adormecida en un mullido sillón?

Referencias

- [1] Michel Houellebecq, *Sumisión*, Anagrama, Barcelona, 2015, p.188.
- [2] Henri Massis, *Défense de L'Occident*, Librarie Pron, Paris, 1927, p. 1.
- [3] Ibid.
- [4] Michel Houellebecq, *Sumisión*, Anagrama, Barcelona, 2015, p. 112. La cursiva es nuestra.
- [5] Massis, p. 252.
- [6] Ibid.
- [7] Ibid.
- [8] Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Espasa-Calpe, Madrid, 1947, p. 9.
- [9] Ibid.
- [10] Ibid., p. 418.
- [11] Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral* (1887), y *El Anticristo* (1895).
- [12] Nietzsche, *El Anticristo*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 28 y 30 respectivamente. La cursiva está en el original.
- [13] Julio Retamal Favereau, *Y después de Occidente, ¿Qué?*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2004, p. 45.
- [14] Richard Weaver, *Las ideas tienen consecuencias*, Editorial El Buey Mudo, 2011, versión ebook.
- [15] Christopher Dawson, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2010.
- [16] Ibid., p. 10.
- [17] Alex Corona Encinas, "Las 'raíces cristianas' de Europa en el fallido proyecto de Constitución europea", Ensayos Divulgativos del ICS, Universidad de Navarra, p.5.
- [18] Christopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2020, p. 47.
- [19] Ibid., p. 40. La cursiva es nuestra.
- [20] Niall Ferguson, *Civilización: Occidente y el resto*, Debate, Barcelona, 2012, .
- [21] Ibid., p. 13.
- [22] Según un miembro de la Academia de Ciencias Sociales de China citado por Ferguson, (1ª pag cap 6-Trabajo)
- [23] En su prólogo a un libro de Dawson, George Weigel afirma que "la manifestación más dramática de la crisis de la moral y la civilización europeas es la pérdida de la población de Europa", en *Hacia la comprensión*, p.8.
- [24] Rémi Brague, *La ley de Dios: Historia filosófica de una alianza*, Encuentro, 2011.
- [25] Rémi Brague, *Europa, la vía romana*, Gredos, Madrid, 1992, p.116.
- [26] Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente* (de 1500 a nuestros días), Taurus, Madrid, 2008, p. 17.

Otros Faro en Debate:

- *Faro en Debate* N° 41: La danza del bosque: Nietzsche y la visión dionisiaca del mundo.
- *Faro en Debate* N° 36: Las humanidades y el ocaso del vértigo: Riesgo, técnica y pensamiento en la era digital

PARA CITAR ESTE DOCUMENTO:

Dussaillant Christie, J. (2026). La vida en un sillón: Acerca de la crisis de Occidente (*Faro en Debate*, julio de 2026). Faro UDD

Faro UDD

Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales



Faro UDD es un centro interdisciplinario de humanidades y ciencias sociales creado por la Universidad del Desarrollo. Ha sido concebido como un espacio académico de reflexión, que busca contribuir al bienestar de Chile y sus ciudadanos, mediante la generación de contenidos sólidos, el enriquecimiento del debate público nacional, y la formación de talento académico joven, todo ello en relación con la fundamentación ética de la democracia representativa y de la sociedad libre.

 **@faro_udd**

 **@faro_udd**

 **faro udd**

 **faro@udd.cl**

 **www.faro.udd.cl**